

CAPÍTULO UNO

“EL ABORDAJE DEL tren con destino a Chicago comenzará en cinco minutos”, se escucha un aviso. Unas cuantas personas se levantan, algunas arrastran maletas.

Al otro lado del pasillo ves a un chico indigente hecho ovillo, dormido debajo de una hilera de tres asientos.

–¿Qué haces ahí? ¡Estás bloqueando el paso! –un hombre se agacha y levanta su maleta, murmurando algo por lo bajo.

El chico asoma, toma una mochila que está a su lado, en el piso. Se sacude el cabello y se levanta. Luego alza la cara, tratando de echar un vistazo al tablero. Sus ojos se encuentran con los tuyos, y de pronto son las únicas dos personas allí. Son *sus* ojos, cafés, profundos y cálidos. Los dos lunares en la mejilla derecha. Su cabello está más largo, le cubre el ceño, pero lo reconocerías en cualquier lugar.

La parte interior de su camiseta está rota. Sus pantalones están cubiertos de mugre. Al mirar su muñeca derecha, notas el tatuaje que asoma debajo de un reloj de plástico. Un símbolo y una serie de números. Igual al tuyo.

Retraes la pulsera de cuero, mostrándole la delicada piel de la cara interna de tu muñeca. Sujetas tu mano de forma que nadie más pueda ver.

–Tú –dice finalmente–. Eres tú.

Entonces sonrío. Apenas puedes respirar. Es tanto lo que sientes por esta persona, por este extraño, por este chico de tus sueños.

–Estás aquí –dices mientras avanza hacia ti–. Eres real.

–Pensé que estabas muerta. Como no apareciste...

–¿Dónde?

Se sobresalta y te mira a los ojos. Tiene manchitas doradas en el iris. En los recuerdos de la isla, tenía la cabeza afeitada. Ahora lleva el pelo negro más largo y tupido. Da un paso hacia atrás.

–¿No recuperaste tus recuerdos?

Te pones tensa bajo su mirada.

–Están volviendo. Pero fragmentados. Sueños... flashes. ¿Tú recuerdas todo? ¿Incluso lo anterior?

–Comenzó de esa manera –explica–. Luego los recuerdos empezaron a fundirse entre sí y me resultó más fácil conectar los hechos.

Quieres saber más, pero tus ojos recorren la estación. Del otro lado del pasillo central, hay dos hombres sentados de unos cuarenta y cinco años, observando los tableros con los números de los andenes. En un segundo, uno de ellos se da cuenta de que lo estás mirando.

–No deberíamos estar hablando aquí. No es seguro. Ni siquiera deberían vernos juntos.

El chico se vuelve hacia el tablero.

–¿A qué hora sale tu tren?

–En cinco minutos.

–¿Nueva York?

–Chicago.

–Es el mismo tren, que sigue hacia Nueva York. Deberías seguir... ahí es donde voy yo.

Lo miras con atención, no sabes si puedes confiar en él. Tu instinto te dice que sí pero, después de las dos últimas semanas, no puedes estar segura. Confiaste en Ben, el chico que te ayudó cuando despertaste en las vías del metro. Estabas viva pero no sabías quién eras ni cómo habías llegado hasta ahí. Él te ayudó, o al menos eso fue lo que creíste. Se hicieron amigos, y luego algo más. Estaba dispuesto a escaparse contigo. Pero era todo una gran mentira; todo el tiempo había estado tendiéndote una trampa.

La mitad de tu atención sigue puesta en la multitud. Te acomodas la mochila, vuelves a controlar que el brazalete te cubra el tatuaje y que la bufanda oculte la cicatriz del costado del cuello.

–Hablemos en el tren.

–Ok. Estoy en el vagón cinco.

Asientes y te encaminas hacia los andenes.

Ya se ha formado una fila y un empleado controla los boletos. Le entregas tu billete y echas una mirada hacia el costado fingiendo estar distraída con una niñita que juega en el área de espera. Por el rabillo del ojo, ves que los hombres se colocan en la fila. El empleado pasa el escáner por el código de barras y te diriges deprisa hacia el tren.

No te das vuelta para fijarte si el chico viene detrás. Caminas hacia adelante y te pierdes entre un grupo de adolescentes. Algunos llevan un equipo de gimnasia rojo que dice SECUNDARIA JEFFERSON. Esperas que los dos hombres pasen de largo. No parecen estar siguiéndote pero debes tener cuidado.

Hace menos de dos semanas despertaste en las vías del metro, en medio de Los Ángeles, sin saber quién eras ni cómo habías llegado hasta allí. Casi de inmediato, comenzaste a huir; unas personas trataban de matarte. De a poco, empezaron a regresar algunos fragmentos de tu memoria e intentaste desentrañar lo que pudiste acerca de las personas que te persiguen. Ahora conoces la existencia de las Empresas A&A (EAA), la organización que ha desarrollado un juego perverso que permite a sus jugadores cazar, de manera encubierta, seres humanos como presa final. Eres un blanco. Te marcaron con un código: esa es la forma en que te identifican. Primero fue una cacería en una isla lejana y luego apareciste en medio de Los Ángeles, donde continuó el juego con tu cazador rastreándote por las calles de la ciudad.

Hace varias horas le dejaste información a Celia, tu contacto dentro de la policía. Esperas haberle dado elementos suficientes que pueda utilizar como pruebas. Esperas que, a esta altura, ya haya atrapado a Goss, el cazador que te perseguía. Pero aun cuando lo haya hecho, seguramente ya te asignaron otro. Por lo que sabes, el juego recién termina cuando mueres.

Encuentras el vagón número cinco e ingresas a un largo corredor con muchas puertas. Compraste el billete con dinero que retiraste de las tarjetas de crédito de Ben: 450 dólares para un boleto a Chicago. Pero el vagón número cinco está lleno de compartimentos con camas plegables y lavabos. Una mujer mayor está sentada en el primero, el bolso de cuero en la falda, gafas doradas colocadas en su impecable peinado. Frente a ella, hay un hombre con camisa almidonada.

De alguna misteriosa manera, el chico llegó antes que tú y se pierde varias puertas más adelante. Permaneces unos instantes

estudiando a los pasajeros mientras guardan el resto del equipaje y desaparecen detrás de las puertas corredizas. Nada parece raro; nadie te ha seguido. El tren ruge y comienza a moverse.

En el coche dormitorio, el chico empuja su mochila debajo de un asiento. Te escurres detrás de él y cierras la puerta. Hay dos sillones enfrentados y una cama encima de cada uno. Te ubicas junto al angosto lavabo y miras por la ventanilla mientras el andén se aleja a toda velocidad.

–¿Todo el compartimento es tuyo? –preguntas.

–Sí. Compré los dos boletos para estar seguro –apenas apoyas el bolso en el piso se estira hacia la ventanilla y cierra la cortina. El lugar queda a media luz.

–¡Qué despilfarrador!

–Soy bueno para muchas cosas... –da un paso hacia adelante y se tropieza contigo durante un segundo, la cabeza baja. Cuando vuelve a levantarla, tiene en la mano el fajo de billetes que llevas en el bolsillo delantero–. Pero soy *realmente* bueno para conseguir lo que necesito.

Te devuelve el dinero con una sonrisa y notas las heridas de los nudillos de su mano derecha. Acomodados en los sillones, quedan frente a frente, sus rodillas a pocos centímetros de las tuyas.

–Dame una razón para confiar en ti –tu voz brota aguda y despareja. Odis mostrarte nerviosa.

Se inclina hacia ti, los codos en las rodillas.

–¿No estás segura de poder confiar en mí? ¿Necesitas pruebas?

–Si puedes dárme las.

Alza la vista y señala el lado derecho de tu cuello, donde está la cicatriz que ocultas con la bufanda.

–Va desde atrás de la oreja derecha hasta arriba del hombro. En el medio, se curva un poquito hacia la izquierda. Tienes una marca de nacimiento en la espalda, justo arriba de la cadera izquierda. Tiene forma de automóvil.

Espera que te des vuelta y te fijas. No necesitas hacerlo, conoces tus cicatrices y marcas de nacimiento de memoria; tu cuerpo es la única prueba que tienes de quién eras.

–¿Qué más?

–No te gusta abrir la boca cuando sonríes. El pelo de arriba de la cabeza se te eriza cuando llueve. Cuando tienes miedo, te pellizcas la piel de los pulgares. Es un poco desagradable.

No puedes evitar reír.

–Corres más rápido que yo, más rápido que todas las personas que conozco –prosigue–. Tu tatuaje dice FNV02198. Tienes...

–Basta... ya está bien. Te creo.

Vuelve a sonreír, sus ojos oscuros no se apartan de los tuyos.

–Muy bien. Deberías.

Habías imaginado ese momento de otra manera. Irías hacia él y todo resultaría fácil, natural, como en tus sueños. Pero todavía es un extraño. Aún tienes que aprender la cadencia grave y desapareja de su voz. Cuando alza una ceja, tuerce hacia arriba una de las comisuras de la boca, una expresión que no logras reconocer.

–¿Cuándo organizamos un encuentro?

–En la isla –responde, y su rostro cambia; baja los ojos y aparta la mirada.

–¿Se suponía que iba a encontrarme contigo?

–En San Francisco, el viernes de la segunda semana... si todavía seguíamos con vida. Yo lo recordé a tiempo. Tú no –atrae la otra

pierna hacia el pecho, estableciendo más distancia entre los dos. Sus bíceps se mueven bajo la camisa mientras juega con la correa del reloj, dejando a la vista el tatuaje.

Piensas en aquella mañana en la estación de autobuses. Habías observado los horarios en el tablero electrónico que estaba arriba del mostrador. Chicago, Nueva York, Austin, Las Vegas. San Francisco te había llamado la atención. ¿Acaso lo supiste antes de recordarlo? ¿Estabas tratando de regresar a él?

–¿Dónde en San Francisco? ¿Por qué ahí?

Se queda mirándote, esperando algo... ¿qué? Cuando finalmente aparta la vista, apoya la cabeza en las manos, su voz es un tenue susurro.

–Lena...

–¿Lena?

Tu cuerpo se queda helado, el corazón en la garganta. El nombre. *Tu* nombre. Hubo un tiempo en que querías saberlo más que nada en el mundo y, ahora que lo sabes, no despierta ningún recuerdo. Ninguna asociación, ningún sentimiento. Repites para ti misma *Lena, Lena, Lena*, pero suena como una palabra cualquiera.

Te observa en silencio mientras absorbes ese dato básico acerca de ti misma.

–¿Por qué recuperaste la memoria y yo no? –dices. La pregunta queda flotando en el aire, pero él no tiene una respuesta.

Después de unos minutos, levanta la cabeza y corre la cortina. El tren pasa por la ciudad, los edificios encaramados en las colinas.

–No recuerdas nada –comenta suavemente.

–Lo siento –es todo lo que alcanzas a decir–. Tienes que explicarme... todo, desde el principio. ¿Qué sabes? ¿Qué te conté?

Su expresión se suaviza y el dibujo de una sonrisa atraviesa su cara, toda su cara.

–Bueno, antes que nada –estira la mano–. Soy Rafe.

–Por fin –tomas la mano y dejas que la sostenga unos segundos antes de retirarla–. Un nombre.

–Dos, si contamos...

–Entonces yo soy Lena.

–Estuvimos juntos en la isla.

–Eso lo sé –no mencionas los sueños (ahora sabes que son recuerdos) que has tenido desde que despertaste. Su cara sobre la tuya, su voz en tu oído, su cuerpo apretado contra el tuyo. Ya conocías sus dos lunares justo debajo del ojo derecho. El rasguño en la frente, que está cicatrizando. Estabas con él. Estabas enamorada de él.

Observa tus piernas desnudas, los relucientes zapatos con pulsera en forma de T que conseguiste. No son del tipo que usarías normalmente. Te desanudas la bufanda, repentinamente consciente de lo ridícula que le debe resultar. Él lleva jeans y una sudadera con capucha.

–Tú... con vestido –sonríe.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Nunca pensé que llegaría a verlo. Me gusta, eso es todo.

No quieres sonreír, pero lo haces de todas maneras.